

tenemos en nuestras manos, sirvámonos, pues; de ellos con confianza.

Por nosotros mismos no podemos nada, con la Sangre de Jesús, todo lo podemos.

Sí, podemos y debemos ofrecer la preciosa Sangre de Jesús, encerrada en todas las Hostias del mundo; y más aún la Preciosa Sangre que anima las Hostias de nuestras Comuniones, para glorificar á la Santísima Trinidad, regocijar al cielo, á los ángeles y á los Santos; para hacer temblar de una alegría siempre nueva al corazón de María; para refrescar el Purgatorio, difundir en él una día más claro de esperanza y dar libertad á sus queridas prisioneras; por la conversión de los infieles del mundo entero; por todas las necesidades de la Santa Iglesia, por todos los pecadores: allí está nuestro derecho, también nuestro deber; y bajo para de desperdiciar el talento magnífico é inagotable que nos ha sido confiado, lo debemos cumplir con toda fidelidad y confianza.

¡Pidamos, pues, intercedamos, paguemos con la Sangre de Jesús; pues es la Sangre de la victoria, de la redención, de la resurrección y de la vida eterna!



EL CORAZÓN DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA.

I.—ADORACIÓN.

Una vez que el Santísimo Sacramento estaba expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se presentó á mí resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y de su sagrada humanidad salían llamas de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que se asemejaba á un horno, el que, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, que era la viva fuente de aquellas llamas.

Jesús, Salvador y Dios mío, verdadera y realmente presente sobre este altar, permitidme, os lo suplico, penetrar, á través de las apariencias de vuestro Sacramento, hasta vuestro adorable Corazón.... Helo allí!

¡El alma vuestra santa humanidad que vive en la Eucaristía; yo lo he encontrado! ¡Vos tenéis un Corazón, oh Sacramento de Jesús! A vuestro Corazón es á quien, en esta hora, quiero estudiar y comprender para alabaros, adoraros y amaros más. ¡Oh felicidad! ¡El Corazón de Jesús está allí, en su vida, en su fuerza, en su amor, en su beatitud! ¡Allí, en la Hostia que reposa en el copón; allí, en la Hostia que el Sacerdote divide en el Sacrificio; allí en la Hostia que he recibido esta mañana en la Mesa Santa; allí, en fin, estáis, oh Corazón Santísimo, en aquella Hostia que se ostenta en la Custodia, oh Corazón Santísimo; y aunque mis ojos se detengan ante el velo del Sacramento, mi fe os ve, mi Corazón os siente; yo os creo, yo os amo, yo os adoro presente y vivo en esta amabilísima Eucaristía, lugar bendito de vuestra presencia, trono de vuestras misericordias, mi Bethleem, mi Nazareth, mi Tábor, mi Cenáculo, mi Calvario y mi Cielo!

Yo os adoro, Corazón verdaderamente divino y Corazón verdaderamente humano; Vos sois el Corazón de Jesús mi Dios y el Corazón de Jesús mi hermano: ¡dos abismos de grandezas inefables y de amabilidades infinitas!

¡Corazón de Jesús, Hijo del Padre Eterno! Vos estáis unido personalmente á la segunda persona de la Santísima Trinidad; el Verbo os posee, os habita, os penetra, os llena; Vos sois su Corazón! ¡Esta unión personal y viva os hace todo suyo para siempre y la hace nuestra para siempre: Vos sois el Corazón del Verbo; el Corazón de Dios!

Por esta unión tan estrecha y tan profunda que la muerte misma no ha podido romper, adquirís toda la grandeza, toda la perfección, todo el poder, todos los derechos de Dios mismo.

Por Vos es por quien Dios nos ama; Vos sois el órgano del amor infinito: ¡Corazón de Jesús, Corazón único y bien amado del Padre; Corazón de Jesús, Corazón ardiente del Espíritu Santo y su morada escogida; Corazón de Jesús, Santuario augusto de la Santísima Trinidad; Corazón de Jesús, Corazón de Dios, yo os adoro, yo os adoro!

Yo os adoro con la adoración que sólo es debida á Dios; yo os amo con el amor soberano que sólo Dios merece. Yo os alabo con todas alabanzas con que Dios se alaba á sí mismo, en el concierto de la Augusta Trinidad.

Y Vos no sois menos adorable, oh Corazón verdaderamente humano, Corazón de Jesús, Hijo de la Virgen María.

Vos sois el Corazón por excelencia; todo lo que Dios, en su sabiduría y en su poder, quiso poner de grande, de bueno, de fuerte, de dulce, de activo y de inteligente en el corazón del Hombre, de lo cual El hizo la parte principal de la más noble de vuestras criaturas, vuestro Corazón lo encierra en perfección; él es el ideal y el tipo eterno del corazón humano en el doble esplendor de su naturaleza y de su deificación por la gracia.

Corazón de Jesús, vos habéis sido enriquecido, desde la Creación, de todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, de todas las gracias y de todas las virtudes.

Vuestra ciencia os descubre todos los pensamientos, todas las intenciones de los ángeles y de los hombres, todos los secretos de la naturaleza, y todos los misterios están abiertos delante de Vos; yo os abro mi corazón, á quien vuestra ciencia penetra ya con su mirada; yo quiero que nada de él se os oculte, oh Corazón vigilantísimo de mi Maestro y de mi Guía.

Todas las gracias, todos los dones, todas las efusiones de la santidad están en Vos en toda

plenitud; Vos estáis sustancialmente santificado, y la sustancia misma de la santidad, oh Corazón de Jesús, mi Modelo y mi Santificador.

Y todas las perfecciones, todas las virtudes, todos los heroísmos, vuestro Corazón los ha practicado durante su vida por mi salvación; hoy, en la Eucaristía, me da su gracia; mañana, en el cielo, su recuerdo será mi alegría y el tema de mis alabanzas.

Y vuestro Corazón no ha sido creado, ni enriquecido, ni santificado para sí solo: Él es la causa universal de toda virtud, el foco de la vida sobrenatural y el Corazón mismo de la Iglesia.

Toda buena inspiración viene de vuestro Corazón; todo buen movimiento nace primero en él, y de esta fuente desciende á nuestros corazones. Ningún acto es virtuoso y meritorio, sino con la unión que tiene con la vida, la virtud y la santidad de vuestro Corazón.

Y cuando á vuestras grandezas divinas y amabilidades humanas añadís, por un exceso de amor, las bondades inefables de la Eucaristía, oh Corazón infinitamente dulce de Jesús, no sé cómo alabaros, bendeciros y amaros bastante. Yo adoro, pues, vuestro estado eucarístico. Yo creo que en la Hostia gozáis de la

visión y de la posesión de Dios, sin tregua, ni medida; pero creo también que Vos habéis tomado un estado escogido de las condiciones que os condenan á anonadamientos innumerables; Vos os ocultáis, pero hacéis callar todo lo que podría poner de manifiesto; no hay aquellas miradas en que vuestra bondad brillaba tan dulcemente; no hay aquellas palabras en que vuestra misericordia se expandía tan tiernamente; no hay aquellos actos sublimes en que vuestro honor se mostraba tan victoriosamente; no hay aquellas maravillas en que vuestra omnipotencia brillaba tan magníficamente; Vos estáis rodeado de obscuridad, de silencio, de impotencia; y en este estado os entregáis á nosotros en el Sacramento, oh Corazón de Jesús. ¡Ah! Yo sabré encontraros allí; y comprendiendo que estos excesos de humillación no son más que excesos de amor, os adoraré más fielmente, os cantaré más alegremente y os amaré más cordialmente. Á vuestro Corazón en el Sacramento, á sus grandezas, á sus amabilidades, á su presencia, á su amor: adoración y alabanza, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

Una vez, estando delante del Santísimo Sacramento, me sentí investida de esa Divina presencia, y Nuestro Señor, me dijo: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres, que no pudiendo contener en sí mismo las llamas de su ardiente caridad, es preciso que las derrame, y que se manifieste á ellos para enriquecerlos con sus preciosos dones.»

(*Revelación á la Beata Margarita María.*)

¡El corazón está hecho para amar, y vuestro Corazón, oh Jesús, ese Corazón que Dios quiso darse á sí mismo, no ha hecho jamás, desde su primer latido, más que amar y amarme!

Toda la vida del Verbo encarnado no es más que amor; pero un amor que, aunque infinito desde su primer fuego, parece, sin embargo, crecer siempre; tal es vuestra obra, ¡oh Corazón sagrado de Jesús! Vos sois quien le concebís; Vos, quien mantenéis su fuego; Vos, quien dais continua salida á sus llamas; este amor sois Vos. Vos quisisteis encerraros en el pecho de Jesús, cubriros con el manto del Sacramento, rodearos de gloria; en vuestra vida mortal, en la Eucaristía, como en el cielo,

es á Vos á quien veo, á quien oigo, á quien siento en todo lo que dice, todo lo que hace, en todo lo que es Jesús!

¡Vos sois, oh Corazón sagrado, quien derramabais en el misterio de Bethleem, donde el amor encarnado apareció por la vez primera, esos encantos tan dulces, esos atractivos tan poderosos que cautivan nuestros corazones! ¡Vos, que os dabais en las sonrisas, y los besos, y las miradas con que el Hijo recompensaba á su madre!

Es vuestro Corazón sagrado quien aceptó, quien santificó y nos hizo saludables los treinta años pasados en Nazareth en la obediencia y el trabajo.

Es vuestro Corazón quien venció en el desierto al demonio y nuestras tentaciones, en un acto de amor y de adoración; es vuestro Corazón quien multiplicó los panes para alimentar á la multitud hambrienta; es él quien, enternecido á la vista de todas las miserias humanas, multiplicaba los prodigios para socorrerlas; es vuestro Corazón quien, conmovido de las lágrimas de la viuda de Naim, le devolvió á su hijo único; él, quien os hizo vacilar y llorar con Magdalena sobre el cadáver de Lázaro; él, quien os enterneció hasta las lá-

grimas, sobre el endurecimiento de vuestra patria. ¡Tanto así vuestro Corazón amaba tan verdadera, tierna y generosamente!

De vuestro Corazón salieron todas las palabras de luz, de perdón y de consuelo que llenan el Evangelio; es él quien decía á la Samaritana: «¡Si tú supieras el don de Dios!»; á Magdalena: «Vete en paz, tus pecados te son perdonados»; al Buen Ladrón: «Hoy serás conmigo en el Paraíso»; á todos los pecadores, á todos los que sufren, á todos los que lloran, á todos los que están cargados y que sucumben: «Venid á mí, y yo os aliviaré.»

Es vuestro Corazón quien hizo vuestra Pasión y vuestra muerte; es él quien os entregó silencioso y dulce al beso de Judas, á los sufrimientos y á los látigos de los soldados, á las sentencias de Pilato, á la ignominia y al suplicio de la Cruz; y es él también quien antes de morir os inspiró orar por vuestros verdugos y darnos á María para Madre nuestra.

Y en todas las obras fundadas por el Verbo encarnado, el amor es el fin y el Corazón de Jesús nos ama.

Nos ama en esta Iglesia establecida para la vida del mundo y de quien nos ha hecho hijos; nos ama en el Papa, á quien ha dado la pala-

bra de la infalible verdad y el poder de los perdones sin límites. Y yo sé que si algún día las puertas del cielo se abren delante de mí, á Vos lo deberé, Corazón misericordiosísimo de Jesús, cuya activa y paciente solicitud me conduce, me sostiene y me dirige siempre. Y en esa mansión de felicidad, ¿qué será vuestro Corazón, sino amor también? Un amor que se satisface plenamente y se desborda sin medida.

¡Corazón de Jesús! De vuestra vida y de vuestra muerte, de vuestra Iglesia y de vuestro trono, no recibo más que amor. Pero el foco de todos estos amores, cuyas llamas me vivifican, que es vuestro mismo Corazón, ¿no me lo daréis también? ¿Es este deseo temerario quizá, habiendo recibido tanto? ¡Ah! Perdonadme, yo no puedo contener mi corazón que os grita:— Dadme vuestro Corazón, oh Jesús, y no me deis nada! Vuestro amor sin vuestro Corazón sería para mí un suplicio intolerable, que me haría morir de deseo!

Y Vos me habéis respondido: ¡Tomad y comed todos; éste es mi Cuerpo; ésta es mi Sangre! ¡Y la Eucaristía me ha entregado á vuestro Corazón! Yo lo tengo, lo poseo y no lo dejaré ir.

Es mío en el beneficio de una presencia real,

universal y perpetua, con todas las virtudes de su vida y todas las seguridades que trae consigo la presencia del justo, del santo, del Salvador. Es mío en el beneficio de un sacrificio de valor infinito, que me da cada día todas las satisfacciones, todos los méritos, todos los frutos de su Pasión y de su muerte; es mío sobre todo en el beneficio de la comunión, que derriba las últimas barreras y me le entrega por completo. ¡Es mío, yo lo he recibido, yo lo he comido, él se ha convertido en mí mismo! ¡Él me espera, y su gozo es darse á mí! Y yo he vuelto á los días de mi inocencia y he recibido al Corazón de Jesús; y me he apartado de mis extravíos, y el Corazón de Jesús no ha rehusado darse á mí. Mientras que yo viva me acordaré de las alegrías de mi primera comunión y cantaré eternamente las dulzuras del banquete en que Jesús festejó mi vuelta. Corazón de Jesús, fuisteis Vos quien hicisteis el brillo y los encantos de aquélla; Vos quien derramasteis en ésta un tan seguro perdón, que mi alma, olvidándose del triste pasado, se abrió á la esperanza y comprendió que podía vivir de amor, puesto que Vos la amabais! Y el Corazón que recibí entonces puedo recibirlo todos los días, pues es mío. Es mi pan cotidiano; es

mi vida y mi corazón para santificarme verdaderamente y conducirme con seguridad á la ventura sin fin: pero Jesús, oh Jesús, ¿quién es el hombre, para que le visitéis así y apliquéis de tal suerte vuestro Corazón contra su corazón?

III.—REPARACIÓN.

Estando de rodillas la bienaventurada con los ojos fijos en el Tabernáculo, se le apareció Nuestro Señor sobre el altar, y descubriéndole su Corazón, le dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres; que nada ha perdonado, hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor; y en pago no recibo de la mayor parte de ellos más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios, y por las frialdades y desprecios que tienen para mí en este Sacramento de amor.»

(Revelación á la Beata Margarita María.)

Si la historia de los beneficios del Corazón de Jesús obliga á la gratitud, la contemplación de sus dolores está hecha para penetrar de amor y de compasión.

Desde su aurora hasta el momento en que se extinguió sobre el Calvario, la vida del Cora-

zón de Jesús ha sido un martirio. Dios le había creado para sufrir y le había dado, al mismo tiempo que la misión del sufrimiento, todas las aptitudes para cumplirla bien.

¡Padre, dijo al entrar en este mundo, Vos no queréis ya víctimas de la ley; heme aquí! La visión de su pasión y de su muerte futuras, la vista del pecado y del olvido de Dios, el triunfo de la mentira, la adoración á Satanás, eran lanzas clavadas hasta el cabo en el Corazón de Jesús y que su celo por la justicia movía continuamente en la llaga. Perseguido en Bethleem, desterrado en Egipto, desconocido en Nazareth, su vida pública fué constantemente contradicha, censurada, calumniada; venir con el Corazón abierto, con los brazos extendidos para amar, para salvar á fuerza de amor, y verse sin cesar desconocido y rechazado, ¡qué suplicio para el Corazón de un Salvador tal como Vos, oh Jesús!

Después vino la Pasión, precedida de la agonía terrible. Entonces tuvisteis una tristeza mortal, oh Corazón de mi Jesús, poseído de espanto, abrevado de amargura; entonces conocisteis las náuseas del disgusto y las debilidades de la agonía.

Y la traición de Judas y la huída de los apóst-

toles y las negaciones de Pedro vinieron á descargar sus pérfidos golpes sobre este Corazón del más fiel de los amigos. Y este Corazón, que jamás ha sabido más que amar, oyó los gritos del odio arrojados contra él. Este Corazón del más tierno de los hijos, encontró á su Madre en el camino de la ignominia y tuvo que abandonarla á los cuidados de otro. Y cuando toda la tierra estaba contra él, su Padre le abandonó; y bajo el peso de este supremo dolor dejó escapar su vida en un grito de angustia. Y á fin de que fuese declarando á todos los siglos que Él había muerto colmado de dolores y de insultos, un soldado, atravesándole con una lanza, gravó por rasgos indelebles el último ultraje sobre ese Corazón atravesado ya por tantos golpes.

Después de tales sufrimientos y de tales ignominias, ¿no es muy justo, oh Corazón de Jesús, que gocéis para siempre de la felicidad y de la gloria? Y, en efecto, desde que él volvió á tomar su movimiento la mañana de Pascuas, este Corazón no late más que para abrirse por transportes de alegría á los torrentes de gozo que corren en él, de la ventura beatífica. El camino del sufrimiento físico y de la tristeza moral le está cerrado, y tanto en la Eucaristía

como en el cielo, el Corazón de Jesús no puede sufrir.

Sin embargo, su bondad, por un lado, y nuestra malicia, por otro, hallan los medios de rehacerle una Pasión y una muerte perpetua en el Santísimo Sacramento: la Pasión y la muerte de la humillación y de la ingratitud.

El se ha escogido por amor un estado de anonadamiento y de sujeción que causa á su Corazón tantas humillaciones y oprobios, cuya profundidad sólo Él puede revelarnos.

«He aquí este Corazón que tanto ha amado á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para testificarles su amor, y en recompensa yo no recibo de la mayor parte más que ingratitudes por sus irreverencias y sacrilegios y por las frialdades y desprecios que tienen para mí en este Sacramento de amor. Y esto me es mucho más sensible que todo lo que sufrí en mi Pasión; así como si ellos me rinden algo de amor, estimaré en poco todo lo que he hecho por ellos, y quisiera, si pudiera, hacer más todavía. Pero ellos no tienen más que frialdad é indiferencia por todas mis manifestaciones de amor.»

«Á lo menos, decía Jesús á la Confidente de

su Corazón, dame el gusto de suplir, en cuanto, puedas, á su ingratitud.»

Dulce Salvador, á pesar de mi indignidad, á pesar de la parte que he tomado en las ingratitudes que os hieren tan cruelmente, quiero por gracia y amor vuestro consolaros, reparar y suplir.

Yo os hago honrosa reparación por esta ignorancia en que están tantos cristianos sobre la presencia de vuestro Sagrado Corazón en la Eucaristía; ellos no quieren saber que Vos tenéis allí un Corazón; que este Corazón está lleno de vida y ardiente de amor por ellos; y ellos os tratan como un objeto que no tiene Corazón, entrando en vuestras iglesias sin respeto, manteniéndose en ellas sin piedad, pasando delante de Vos sin saludaros, hablando y riendo insolentemente.

Y hay un número todavía mayor de bautizados para los cuales no existís en la Eucaristía, Vos, cuyo Corazón vela sobre ellos, protege su vida y los pone á salvo de la justicia divina, irritada por su apostasía! Y entre los buenos ¿cuántos tienen por la presencia de vuestro Corazón esa fe, ese amor que los hace piadosos, delicados, llenos de atenciones cordiales, y religiosos? ¿Quién trata á vuestro Corazón como

el más sensible y tierno de los Corazones?

Os hago honrosa reparación por todos los pecados que atacan vuestro Corazón en el Santo Sacrificio de la misa. ¡Cuántos cristianos rehusan asistir á la misa aun el domingo, prefiriendo mejor marcharse con un pecado mortal, que dar á vuestro Corazón la satisfacción que tendría en colmarlos de los frutos de vuestra muerte! Y entre los que asisten á él, ¡cuán pocos piensan en vuestro Corazón, en su agonía, en sus angustias, en los oprobios que sufrió en su Pasión, en los abatimientos que acepta en este Sacrificio! Y si hay malos sacerdotes que se cambian en verdugos, y que se aprovechan del poder que tienen para haceros descender á sus manos é insultaros así más de cerca, Corazón de Jesús, ¿quién reparará el crimen de esta traición? ¿Quién os consolará de las amarguras de esa hora cruel?

Os hago honrosa reparación por todos los pecados que vienen á ultrajar vuestro Corazón en la Comunión. Allí mismo, en esta en que se entrega con tanto amor, ¡cuántas contrariedades, cuántas humillaciones, cuántos malos tratamientos para vuestro Corazón! Perdón para todos aquellos que rehusan este don de vuestro

tro Corazón en el día de Pascua, Perdón para todos los que evitan recibirlo frecuentemente, cuando es el precio de su santidad. Perdón para las comuniones sacrílegas en que vuestro purísimo Corazón, condenado al contacto de los corazones corruptos, sufre una humillación peor que el beso de Judas. Perdón para las comuniones tibias, en que el afecto del pecado venial, el amor del mundo, la pereza en el sacrificio os disputan el amor de nuestros corazones.

Yo os hago, en fin, honrosa reparación por los tratamientos indignos á que se somete tantas veces á la Hostia de vuestro Corazón. La tocan con sus manos llenas de indignidades, la odian y la pisotean, la llevan á sus retiros, vestíbulos del infierno, y la hacen el juguete de sus mofas y víctima de su rabia diabólica; y hasta en las hostias profanadas, oh Jesús, vuestro Corazón no cesa de vivir, de callarse y de amar. Perdón, sobre todo, por nuestra ingratitud, que es la madre de todas las frialdades, de todas las irreverencias y de todos los crímenes cometidos contra el Sacramento de vuestro amor: Vos nos amáis, y nosotros no os amamos; Vos nos alimentáis, y nosotros os despreciamos; Vos nos colmáis de honor y

nosotros os rebajamos por nuestra conducta: Corazón de Jesús, Vos sois el amor y nosotros somos la ingratitud.

IV.—SÚPLICA.

Yo les daré todas las gracias necesarias á su estado. Yo los consolaré en sus penas. Yo derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas. Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia. Las almas tibias se harán fervientes. Los sacerdotes tendrán el arte de tocar los corazones más endurecidos, y su ministerio producirá, aun en lo que mira á la salud y la perfección de cada uno de ellos, frutos que superarán á sus esperanzas. Mi divino Corazón será un lugar de refugio durante la vida y principalmente á la hora de la muerte.

(Promesas del Sagrado Corazón.)

Si existe un sentimiento que nace espontáneamente del alma desde que ésta conoce vuestro Corazón, es el de la confianza. «Mi corazón estará en el Santuario, Vos lo habéis dicho: estará allí todos los días para escuchar la oración de todos los que lleguen á orar en el lugar de mi morada.» ¡Y vuestro Corazón está allí!

El Corazón del Divino Mediador es quien está sobre el altar, entre el cielo y la tierra, para presentir nuestras necesidades, recibir nuestras oraciones y llevarlas al trono de Dios: ¿cómo este Pontífice Santísimo, que ha pagado con su sangre todas las gracias que pide, podría dejar de ser escuchado?

Es el Corazón del Autor mismo y del Soberano Maestro de todos los bienes; Él puede dar libremente y como quiere y tanto como quiere y á quien quiere, porque lo que da le pertenece: ¿quién, pues, oh Jesús, podría carecer de confianza para vuestro Corazón omnipotente?

Es el Corazón de un Salvador cuya misión es aliviar todos nuestros sufrimientos, remediar todas nuestras miserias, socorrer todas nuestras necesidades, perdonar todas nuestras faltas; y para cumplirla fielmente, ha sido hecho de la misma naturaleza que nuestros corazones; ha contraído las mismas obligaciones, experimentado los mismos afectos, sentido las mismas penas, padecido los mismos sufrimientos: todo esto, á fin de saber por experiencia compadecer nuestras debilidades y hacerse un corazón de misericordia infatigable.

Es también el Corazón universal, el Corazón de todos los hombres, el Corazón del mundo

entero: fué abierto sobre la Cruz y permanece abierto en la Eucaristía, á fin de que todos podamos entrar en él: es tan grande, que todos caben allí; tan vigilante, que nada acontece que Él no lo sepa; tan sensible, que parece ser el Corazón de todos, experimentando en sí mismo lo que todos experimentan.

Sobre estos títulos apoyo mi oración, oh Jesús, y sé que Vos no los negaréis.

Corazón de Jesús, esposo de la Iglesia, que la habéis amado tanto hasta hacerla nacer de vuestro costado abierto y que la alimentáis con vuestra Carne, dadle la paz, extended su imperio y dadle su autoridad social sobre todas las naciones cristianas.

Corazón de Jesús, Pastor eterno, que amáis á vuestro Vicario Supremo, y permanecéis aquí abajo hasta el fin para inspirarlo y sostenerlo, volved al Papa la libertad de su ministerio y sus Estados, y guardad por mucho tiempo á nuestro amadísimo León XIII.

Corazón de Jesús, obispo de nuestras almas y fuente del sacerdocio, que amáis á vuestros sacerdotes hasta darles el derecho de inmolarnos todos los días, dad á los Obispos y á los sacerdotes el celo que os hace conocer y la santidad que os hace amar.

Corazón de Jesús, esposo de las Vírgenes y el primer religioso de vuestro Padre, que amáis á los religiosos hasta habitar bajo su techo para darles el ejemplo y la gracia de su santo estado, os ruego por todos los religiosos: santificadlos en verdad.

Os pido por mis parientes y mis bienhechores, Corazón de Jesús, el más amante, agradecido y mejor de los hijos.

Os pido por los niños y los jóvenes que van á correr los riesgos de la vida: guardad su inocencia; avivad su fe; dadles el valor cristiano; haceos amar de ellos, Corazón de Jesús, Corazón de Padre y Corazón de Madre, que nos engendrasteis en vuestra muerte, que nos abre-
váis con vuestra Sangre, y que nos seguís por donde quiera siempre para defendernos.

Os pido por todos los pobres pecadores, Corazón de Jesús, Hostia de propiciación para sus crímenes, Víctima santa que por su salud os inmoláis todos los días en el altar.

Os pido por los agonizantes, Corazón de Jesús, que nos guardáis en el Viático los frutos saludables de vuestra agonía y de vuestra muerte.

Os pido por todos los que lloran, por los perseguidos y por los miserables, Corazón com-

pasivo, que habéis conocido la amargura de las lágrimas y que estáis tan abandonado en vuestro Sacramento.

Os pido por mi patria: dadle un gobierno cristiano; protegéd todas las instituciones que os sirven: os lo pido, Corazón de Jesús, que tanto habéis amado á nuestra patria y que le habéis hecho la misericordiosa revelación de vuestro Corazón.

Corazón de Jesús que amáis á todas las almas, os pido por las que gimen en el Purgatorio, y os ofrezco los méritos de esta adoración en sufragio suyo.

Os pido, en fin, por mí mismo: mis necesidades son inmensas; abrid sobre mí los ojos de vuestro Corazón. Armaos de paciencia; usad vuestra bondad hasta los últimos límites; sed indulgente sin medida. Corazón de Jesús, confiado únicamente en vuestra gracia, espero ser fiel á los deberes de mi profesión; valeroso en el sacrificio; empeñoso en la corrección de mis defectos; paciente en la prueba y perseverante hasta el fin en vuestro amor.

Concededme, Corazón bonísimo, que recuerde siempre que estáis presente y vivo por mí en la Hostia; que continuáis por mí sobre el altar vuestra Pasión y vuestra muerte y

que queréis daros realmente á mí en la santa Comunión. Yo os recibiré con mucha frecuencia, y en particular el primer viernes de cada mes, según vuestro deseo. Y no quedaré satisfecho mientras no pueda exclamar en verdad: He encontrado mi corazón en vuestro Corazón: *Inveni cor meum ut orem Deum meum*. He encontrado vuestro Corazón para amaros, Jesús, para amar á Dios, para amar á María, para amar á mis hermanos, para orar, para trabajar y para sufrir; he encontrado vuestro Corazón para morir como cristiano, como santo, y merecer así la vida del eterno amor.



LAS CINCO LLAGAS.

I.—ADORACIÓN.

La verdad de las Cinco Llagas.

¿UÉ son esas Llagas que tenéis en medio de vuestras manos?»

Creo, oh Jesús, que Vos sois el Cristo verdadera y realmente presente en el Sacramento. Creo que vuestros pies y vuestras manos y vuestro pecho sacratísimos conservan bajo los velos eucarísticos, en la gloria del cielo, los signos sagrados de las Llagas que se os hicieron en vuestra pasión, por los clavos y la lanza. Yo beso en espíritu, adoro con fe, considero con amor, reconocimiento y admiración esas benditas señales, y quiero fijar en ellas